

## *Oda a Santa Cecilia (1692) para coros, solistas y orquesta, de Purcell*

El mismo crítico antes citado, al referirse al tercer estreno de este concierto escribe: "... creación hermosa, aunque un tanto desigual, ofrece un interés palpitante. Está llena de rasgos de originalidad que, unidos a un fenomenal dominio técnico, muestran la grandeza de su compositor, recordándonos, de paso, la inmensa deuda que Haendel contrajo con este insigne precursor. En la ejecución se suprimieron varios números que anteceden al coro final, lo que quizás contribuyó a realzar el relieve de los demás.

"Hay que dar gracias, en primer lugar, al Instituto de Extensión Musical por la programación de tres obras fascinantes y valiosas. En seguida merece nuestra admiración el maestro Goehr, quien demostró sus estupendas dotes de director, muy especialmente en la compleja urdimbre de la partitura moderna. Excelente intérprete de la música antigua, se reveló, además, como clavecinista de exquisita calidad y certero estilo al acompañar personalmente un aria de Purcell".

Al referirse a los solistas alaba la maestría de Clara Oyuela en sus arias y su acertada intervención en el dúo "Hark, each tree", cuya parte femenina corresponde, por su tesitura, más bien a una voz de mezzo. La contralto, Ivonne Boulanger, también mereció los aplausos del crítico quien dice: "en los dos números solistas de la Oda de Purcell, alcanzó efectos espectaculares y de excepcional "bravura". En cuanto al barítono Miguel Concha, exhibió su grato timbre en "Wondrous machine" y con agilidad inverosímil superó las dificultades del aria y el dúo. El Coro de la Universidad de Chile mereció la entusiasta aprobación de toda la crítica y su magnífico triunfo

recayó también sobre sus directores Marco Dusi y Hugo Villarroel.

## *Conciertos de la Filarmónica de Nueva York*

El éxito obtenido por la Filarmónica de Nueva York y su director Leonard Bernstein, durante su visita a Chile, no se limitó a lo artístico, sino que rebasó el entusiasmo de las salas de conciertos para transformarse en la más humana y cordial de las amistades entre Estados Unidos y el pueblo de Chile bajo el signo de la música.

Una de las mayores manifestaciones del entusiasmo de los visitantes y de los visitados fue el impresionante concierto popular en el Teatro Caupolicán, donde una masa humana de siete mil personas escuchó, en religioso silencio, el programa de la Filarmónica, para luego aplaudirla con un calor y una sinceridad emocionantes. Al Caupolicán fue todo un pueblo amante de la música, que llenó por completo todas las localidades disponibles formando un compacto conglomerado que abarcaba desde el techo del teatro hasta apretujarse contra la tarima en que actuaba la orquesta. Para este concierto, Leonard Bernstein eligió un programa que incluía la *Sinfonía India*, de *Chávez*, sobre temas indígenas mexicanos, obra eminentemente coreográfica; la *Segunda Sinfonía*, de *Brahms*, cuya interpretación constituyó una fiesta por su hondo lirismo de fino éxtasis; *Un Americano en París*, de *Gershwin*, y *La Valse*, de *Ravel*.

Durante cuatro días Santiago y Viña del Mar tuvieron el privilegio de escuchar a la Filarmónica de Nueva York en cuatro conciertos memorables. Heinlein, en "El Mercurio", inicia su crítica del primer concierto con las siguientes palabras: "Cómo describir la excelencia de esta orquesta. Habría que nombrar por

separado a cada uno de los grupos que la componen para cantar sus loas, y es difícil resistir la tentación de hacerlo". Y más adelante agrega: "La calidad del sonido de la Filarmónica de Nueva York proporciona un deleite sensual tan incomparable que hay momentos en los cuales el oyente queda literalmente boquiabierto y la obra ejecutada pierde importancia ante el mero goce auditivo". Por su parte, Schidlowsky escribe en "El Debate": "Una Orquesta donde la disciplina y el juicio estético están por sobre toda consideración, ajena a lo estrictamente musical, no podía dejar de entregarnos un Haydn redescubierto, asimilado en su mundo, lanzado hacia nosotros con afinación etérea, matización equilibrada, planos armónicos destacados, conceptualización melódica ágil, lo que contribuyó a una ejecución propiamente única. Si bien en la Sinfonía de Haydn, podría criticarse negativamente el concepto Haydeniano de Bernstein, dudamos que se pueda poner en tela de juicio la excelente versión de la Cuarta Sinfonía de Tchaikowsky".

Al referirse a la otra obra del programa, La Tercera Sinfonía, de Roy Harris, Schidlowsky comenta: "Una vez más Bernstein nos impresionó; su conocimiento de la obra es profundo; sabe y comprende el discurso de Harris, lo justifica. Nos hace dudar de nosotros mismos y nos quiere convencer con un poder sugestivo, logrado con un conjunto de músicos cuyas conciencias están presentes, luchando todos en la misma trinchera y con su arma respectiva. Harris es superado por sus intérpretes. No es sólo su presencia: melódica, armónica, rítmica, es la sonoridad específica, es el contraste de planos armónicos, es el ritmo fecundante, es la melódica obtenida desde el "pianissimo" más etéreo hasta el "esforzato" mas angustiante. Es una orquesta homogénea, en que cada una de sus secciones tiene en sus intérpretes un maestro. El director es preciso,

claro, seguro y obstinado en obtener lo que desea. El conjunto le responde activamente. La consecuencia: *un Concierto como pocas veces hemos escuchado*".

Otro tanto podría decirse del concierto realizado en el Teatro Municipal de Viña del Mar, donde la Filarmónica de Nueva York repitió el programa a que nos referimos más arriba.

## XVII Temporada de Cámara

El primer concierto de la Temporada de Cámara del Instituto de Extensión Musical fue el recital del violinista polaco-mexicano, Henry Szeryng, en el Teatro Astor, el 12 de mayo. El violinista contó con la colaboración del pianista Leo Schwartz; son dos músicos que se entienden y se complementan de un modo convincente, formando un binomio ejemplar para la interpretación de obras de cámara.

Las cualidades de los dos ejecutantes se aunaban en la fina versión de la Sonata en Re mayor de Leclair. Leo Schwartz posee una gama de matices sorprendente y la conciencia cabal de su función, en cada compás. Szeryng es dueño de múltiples recursos sonoros, entre los que se destaca una gracia juguetonamente liviana, que pudo apreciarse en el Tambourin, que pone término a la obra del compositor lionés.

Con bella naturalidad y soltura plasmaron los artistas la gran Sonata en Do menor de Beethoven. Cautivaron la delicadeza y el sentido de estilo con los que Szeryng y Schwartz se enfrentaron a esta composición.

De extraordinario brillo fue la versión de la Chacona para violín solo, de Bach, a la que le siguió una hermosísima y poética ejecución de la Sonata de Debussy. Terminó el concierto con "Tzigane", de Ravel.